

Exégesis y poesía de LA VIDA, obra de teatro de don
Emilio S. Belaval, por Olga Ramírez de Arellano de Nolla

Exégesis y poesía de La vida, obra de teatro de don Emilio S. Belaval, por Olga Ramirez de Arellano de Nolla.

Es difícil hacer crítica objetiva ante una obra que enamora el ánimo y cuyo espíritu es de creciente actualidad. Primero, el amor nos adorna la visión. Segundo, la contemporaneidad nos resta perspectiva. Como dice María de Maeztu: "...el bosque nos impide ver los árboles, la proximidad nos impide juzgar." (1) Pero cuando hayan pasado algunas generaciones y se enfoque este hermoso libro desde la perspectiva de la historia literaria, se verá como lo que es, una valiosa aportación a las letras puertorriqueñas e hispanoamericanas, una artística exposición del alma y la vida urbana contemporánea. El escritor ha palpado con sus manos de esteta la fibra vital. Ha logrado exponer el transcurso de una problemática humana en una obra de dramática trascendencia. Sin embargo no he de discutir o estudiar sus méritos como obra de teatro, sino solamente como obra artístico-literaria y en la cual existe una gran dosis de poesía y por lo tanto de belleza.

Ya nos dijo D. Moreno Jimenez en su libro Santa Berta y y otro poemas que "la obra de arte no es un mecanismo, sino un organismo... si no le siento vida, podré examinarla con curiosidad pero no despertar en mí vivencias patéticas o ideológicas." "...la vida ha de ser el elemento fundamental en toda creación estética; sin ella la obra se vuelve un engendro sin posibilidades de existir." (2). Imagináos, lectores, esta obra de Belaval donde la vida misma acude a la escena personificada en una hermosa mujer que él llama la Enajenada. Un personaje de elevada estatura poética (ya lo comentaremos más adelante) que se identifica con cada ser del drama y representa esas mismas vidas de los caracteres.

Esta personalidad fundamental es cada ser vivo y el conjunto de seres. Alrededor de ella se desarrolla una trama de sufrimientos e incertidumbres de varias personas sometidas a una sociedad reglamentada en una ciudad fría e impersonal como son casi todas las grandes urbes modernas. Es realmente un trozo de la vida de tres parejas: Elena y Oliver, Elizabetta y Ricardo y Anitra y Carlitos. Al tratar de pergeñar una exégesis clara del fondo de la obra, encontramos múltiples rasgos

(1) María de Maeztu. Prosistas españoles.

(2) D. Moreno Jimenez. Santa Berta y otros poemas.

y orientaciones filosóficas cuyo estudio y análisis resultaría inmensurable. Creo descubrir en las siguientes palabras de Henry, la tesis más importante: "...la sociedad no es otra cosa que la vitrina de la impotencia del ser humano y vivir dentro de ella, una manera de enajenarse como otra cualquiera. El hombre más libre del mundo está tan sujeto a este destino como el vegetal más oscuro". Y más tarde, refiriéndose al amor: "El amor también depende del aire que respiran los demás. Nadie puede vivir en soledad de amor sin matar el amor mismo. El amor es el ~~puerto~~ ^{punto} de referencia desde el cual miramos al mundo que nos rodea, tratando de descubrir aquello que merece ser amado, y lo que merece ser despreciado." Es decir, todo hombre vive en la urdimbre de la vida de los demás, sobre todo en el mundo mecanizado de las ciudades. No somos dueños completos de nuestra existencia. Nunca somos completamente libres. El tejido sutil a nuestro alrededor es una telaraña, donde estamos inexorablemente atrapados o enajenados por los deseos, leyes, obligaciones de los otros. Hay una crítica al automatismo de la sociedad moderna "que nos obliga a vivir con la misma exactitud con que se mueve una máquina." Y en una sociedad en que la riqueza material y la eficiencia exacta adquieren tanta importancia, las genuinas virtudes humanas tales como la bondad, la integridad, la lealtad, ... tienden a eclipsarse para dar paso a un sentido inhumano y frío, calculador de la existencia.

El tema de la gran ciudad que destruye al hombre ya lo han tocado algunos escritores americanos. El notable crítico y erudito Arturo Torres-Rioseco, profesor de la Universidad de California, en un ensayo explicativo de su libro Novelistas contemporáneos de América, publicado en el tomo LXXXIII de Papeles de Son Armadans, expone más o menos la idea de don Emilio Belaval. Explica: "Así como la selva, la pampa, el Amazonas, los Andes, anonadan al hombre, la gran ciudad se convierte también en enemiga, en destructora de sueños, de entusiasmos, de ternura, de meditación, de reposo.... La gran ciudad aísla al hombre y aunque el hombre busque comprensión, su soledad le desespera. La facultad de comunicación no le es siempre fácil y de ahí nace su tortura interior."

La obra contiene una fresca poesía; algo que podríamos llamar euritmia poética. Desde el marco ambiental en que la presenta su autor en el primer acto, cuando aparece la familia Silver en un aposento suntuario, entre volutas de humo, con Elena sentada al fondo luciendo su esplendorosa belleza y la figura de la Enajenada moviéndose por la escena en un lírico silencio, hasta la escena final del parque helado y silencioso,

de donde rescatan la misteriosa mujer. Esta mujer que habla por primera y última vez para luego morir. Es la poesía que contiene la obra delicada e intensa. Es delicada cuando se exterioriza en el alma del viejo Christian que sueña con su mundo antiguo y genuino, mundo de sinceros y espontáneos afectos; en la joven Mabel que vive un amor sacrificado e imposible; en Jeremías, espíritu noble y universal que desdeña el dinero, ama la belleza y el amor pero va perdido en su propia íntima confusión. Es intensa en la Enajenada, de terrible fuerza vital. Los personajes, sobre todo Jeremías, aparecen estilizados. No es Jeremías solamente una imagen poética, sino romántica y novelesca. Ella sola requeriría un análisis detenido. La estilización de los caracteres hace la obra más artística. ¿Por qué hay quién desea una realidad brutal sin la fuerza maravillosa de la fantasía y la idealidad? Un pulso poético se mantiene latente en la obra, no solamente en la personalidad de los seres que la viven, sino en la conversación, en las palabras que emiten de vez en cuando envueltas en bellas metáforas. Por ejemplo, Henry le dice en una ocasión a Elena: "...tu alma era como una fuente fresca de la cual se podía beber con solo extender la mano." Por sus símbolos y su gran lirismo la obra recuerda a García Lorca y a Alejandro Casona, ambos poetas-dramaturgos.

Observen los lectores, o los que vean esta obra en escena, los personajes femeninos. A todos los adorna la hermosura física y a casi todos la espiritual. El poeta que es el dramaturgo, quiere hacer belleza en sus seres más delicados, más subjetivos. Unamuno ha dicho que el autor es como un dios en su íntimo universo creativo y los personajes sus criaturas vivas y a veces autónomas. El dios que ha inventado estos seres femeninos los ha creado con amor, con el afecto que solamente un poeta experimenta ante la ínsita belleza del mundo y el hombre. En estas hijas el dios-autor ha vertido su innegable ternura de belleza. Elena posee una hermosura esplendorosa y un alma apasionada. Carol y Mabel, de menor categoría social, son igualmente bellas. Elizabetta exquisita y genuina y Antra en palabras del autor, una preciosa muchacha, un ser agresivo y prolífico. "En una de las escenas dice Peter: "Una mujer hermosa es siempre una cosa sagrada." Esa cosa sagrada que es para el artista alimento del espíritu. La descripción del parque helado y silencioso y varias circunstancias ambientales contienen también una honda y esotérica poesía.

Pero la imagen central de más sugestión lírica, de más estatura rapsódica es la Enajenada. La figura mayestática de una hermosa mujer

que, como dijimos antes, simboliza la existencia del hombre. Adquiere corporeidad femenina también la corriente vital. La Enajenada no habla. (El autor inserta un diálogo que ella diría si hablase) Todas las fuertes emociones que experimenta las expresa con mímica. Pero ella es la existencia individual y total de todos. Por eso va de uno a otro sintiendo en su alma el dolor, la incertidumbre, el amor, la euforia, la angustia, de cada ser humano. Según se desarrolla la obra vamos viendo esta poética figura desdoblándose o definiendo emociones vitales de profundo dramatismo. Ella, la vida, trasciende a cada ser, le conoce el fraude que se hace a sí, y a los demás. Es madre, esposa, amante, hermana, amiga, consejera. Es lo que tenemos en cada poro del ser todo el género humano viviente. Es también la sabiduría de siglos y mundos múltiples. Posee numerosas facetas. Es vieja admonitoria a quien la experiencia ha hecho precavida, mesurada y triste. Es joven, plena de atracción, vigor y alborozo. Es el amor que puede gobernar el mundo cuando es una luz entrañable y fecunda. Es el sueño de cada ser que vive. Lo que se busca en el amor, en la mujer o en el hombre amado no es más que ella, la vida, la realización y plenitud del ser; lo busca el débil y enfermo, lo busca el lleno de vigor. A veces es una figura trágica, desolada que se escurre hasta el pavimento y solloza sobre sus rodillas. La vida humana real puede ser un llanto prolongado. En la obra la vida no nos traiciona pero a menudo se traiciona la vida.

La vida solo alienta en sus hijos, en lo que de ella brota, de su abundancia, de su generosidad. Está en los humanos vínculos instituidos en sinceridad de sentimientos, en lo genuino de ella misma. Toda otra estructura o relación a base de interés, prestigio, fórmulas mecanizadas, automatismos de una sociedad reglamentada sin la flexibilidad de lo natural es extraño a la sustancia de la existencia. No vibra en ellos la vida y poco a poco van quedándose cascarones huecos, fórmulas vacías, arreglos artificiales que fueron establecidos a presión por los seres del mundo.

En la escena quinta del acto tercero, vemos que de todos los personajes que transitan por la obra aparte de la Enajenada el que conoce y profundiza en el valor de la existencia es el intelectual Pemrose. Es el hombre que piensa además de intuir. Sabe con razonada y metafísica certeza, que al hombre lo limita su aparente y espectacular desarrollo. Sabe también que la existencia es preciosa. Hay que protegerla, conservarla

a todo trance. Porque como expresó Albert Camus "la vida es el tesoro más preciado que Dios ha dado al hombre!"

Para resumir, hemos visto como esta obra de teatro es de gran actualidad. Expone la vida de seres humanos en el frío ambiente de una gran ciudad donde prevalece el sentido materialista; la vida de estos seres está enajenada en la urdimbre de una sociedad donde triunfa no precisamente el más noble y bondadoso, sino el más implacable, el más frío, objetivo y sin escrúpulos. El hombre pierde su espontaneidad vital. La existencia la personifica una hermosa mujer, eje alrededor del cual gravita todo el drama. Esta figura sugiere múltiples orientaciones y vivencias dentro de la existencia universal del hombre. Una hermosa poesía alienta por la obra, sobre todo en la figura central que efunde músicas de íntimos vuelos.

Su autor, don Emilío S. Belaval lo es también de La hacienda de los cuatro vientos, Cielo caído, La muerte, y de otras. Su estilo es fino, pulcro, literario. La meditación, el análisis, la intensidad, son cualidades de este autor. Sin arriesgarse en esotéricas experiencias del psicoanálisis que no son comprendidas por el pueblo, sus temas son novedosos, frescos, vitales.

La vida es una de las mejores, si no la mejor de sus obras. El autor se ha superado a sí mismo en un trabajo para el teatro de profundo sentido filosófico y de un lirismo claro que no es nunca excesivo. Se convertirá en una obra clásica del primer decenio de la segunda mitad del siglo veinte. ¿Siglo de oro puertorriqueño?

Circe o el Amor